

secuenciar la información; luego, el conocimiento no puede transmitirse con plena independencia de intereses, normas y valores humanos.

Los estudiantes se convierten en sujetos activos en el acto del aprendizaje, ya que el conocimiento es contemplado como una mediación entre el individuo y la realidad social. Además, el valor del conocimiento depende del poder que tiene como planteamiento crítico y de transformación social; y así, la cultura escolar debe estar al servicio de las necesidades de los alumnos.

En el aula se deben conseguir relaciones sociales progresistas. Para esto es fundamental abrir canales de comunicación, donde los alumnos utilicen su capital cultural y lingüístico. Si los alumnos se ven sometidos a un lenguaje de valores o creencias cuyo mensaje les convierte en analfabetos, lo que aprenderán será la cultura del silencio. Se deben tener en cuenta sus particularidades, que dan sentido a la vida de los alumnos.

El autor afirma que a esta hegemonía cultural que se nos impone, hay que responder con una contrahegemonía, que implica la comprensión más política, teórica y crítica, tanto de la naturaleza de la dominación, como del tipo de oposición activa que debiera engendrar. Lo que afirma la lógica de la crítica, invita a nuevas relaciones sociales y espacios públicos que den paso a formas alternativas de experiencia y de lucha.

La crítica que se puede hacer a la obra de Giroux se refiere a su carácter teórico: la obra se centra en el para qué, y deja sin contestar el cómo y el qué. Estamos, por lo tanto, ante una obra cuyo objetivo es plantear los problema, y que nos ofrece una línea teórica de solución. Tiene cierto carácter utópico, haciendo caer todo el peso del cambio sobre el profesor: que sea éste el que rompa el círculo vicioso en el que la escuela reproduce y legitima el orden social, función para la cual está constituida en la sociedad. ¿No será necesario un cambio previo en las relaciones de los grupos sociales, que propicie entre otras cosas un cambio en la función de la escuela? ¿Cómo reaccionaría la sociedad (grupo dominante) ante el hecho de que la escuela no sirviera a sus intereses, sin un previo cambio en las relaciones sociales?

Pablo Ortega Miravalles

Pourtois, J.P., Desmet, H. (1992). *Epistemología e instrumentación en ciencias humanas*. Barcelona: Herder.

La ciencia se propone conocer con toda la adecuación posible el mundo, o sea, lo que está de una manera u otra al alcance de nuestros sentidos. Lo intenta desde la propia unidad científica abierta y autorreguladora; no sólo desarrollando procesos, sino también, y de modo primordial, dándoles a través de la reflexión crítica novedad que enmienda errores advertidos. El libro de Pourtois y

Desmet centra la atención en lo inextricable de la unidad científica, referida no ya al mundo que con objetividad, y por tanto de forma segura, nos revela su orden progresivamente; sino más bien referida a lo que de suyo tiene características –es realidad, y como tal se nos descubre–, pero sólo puede captarse por medio de interpretaciones dentro de las cuales el hombre pone complejidad, incoherencias, reducción a aspectos parciales, y así, inevitablemente, errores. No se trata aquí de sustituir al hombre por fórmulas abstractas y realidades tan sólo objetivas. Al contrario, se trata de comprenderle en el interior de la realidad, gracias a recursos de conocimiento que le constituyen y le definen, asumidos ahora cada vez más por la ciencia, pero discutibles en la manera como suelen aplicarse; y desde luego, superiores al uso que de ellos hacen los científicos.

Sobre la manera de explicitar las posibilidades de conocimiento y hacerlas efectivas, en el libro los autores muestran cierta persuasión capital, suscitada a partir de las raíces donde la ciencia brota y se configura: “Una técnica de instrumentación no es jamás neutra epistemológicamente” (p. 78). “Seleccionar o elaborar un instrumento es optar por una concepción teórica que constituirá el fundamento del estudio emprendido” (p. 236; cfr. pp. 9, 83). Podría formularse una razonable hipótesis: “Los valores de una época se concretan a través de la elección de los instrumentos que los investigadores utilizan” (p. 114). Este libro une la reflexión sobre las exigencias científicas de la pregunta por el hombre y el examen de cómo la ciencia actual intenta cumplirlas. Mas el estudio no se limita a presentar por una parte hechos y por otra aspectos normativos idealizados, y someterlos a confrontación; sino que examina los hechos –cómo se entiende y practica la ciencia actual acerca del hombre– y analiza la normatividad, situando las cuestiones en el interior de contextos donde el poder de condiciones culturales y decisiones concretas influye en los planteamientos de forma notable y esencial.

No revelan los autores pretensión de centrarse en la Sociología de la Ciencia, ni hacer principalmente Historia; mas tienen sin duda bien asumidas las implicaciones de índole histórica y social en las bases y el desarrollo del conocimiento científico que describen y someten a reflexión. Tampoco deja de ser significativa según la perspectiva histórica la pregunta que ellos explicitan: “El estudio de la instrumentación utilizada por los investigadores actuales ¿puede darnos una visión interesante y válida sobre las nuevas orientaciones en ciencias humanas?” (p. 77). Nótese que para responder han examinado “575 artículos extraídos de tres revistas diferentes (dos francesas y una norteamericana), revistas especializadas en ciencias de la educación, de los años 1973-1974-1975, por una parte, y de los años 1982-1983-1984, por otra” (p. 77).

Ha prevalecido una manera de entender la investigación científica según la cual “la experiencia repetida y la cuantificación de los datos llevarán al investigador a establecer leyes de alcance general” (p. 24). El intento de exactitud en la afirmación de tales leyes (p. 50) –como regularidades advertidas en el mundo– se considera inmune de todo factor subjetivo que pudiera traducirse en visión sesgada: los puntos de vista se sustituyen por la progresiva manifesta-

ción del mundo tal cual es. “Así, en la ciencia clásica, el investigador –observador, ideador, experimentador– está siempre fuera del campo” (p. 42). Las estrategias de investigación pretender ser así fiables por “independencia de los análisis con relación a la ideología del investigador” (p. 134). “Estas estrategias se relacionan con la búsqueda del orden y de la coherencia. Ciertamente, tendrán la ventaja de suprimir la incertidumbre y la angustia del investigador, pero su gran laguna será la pérdida de significado” (pp. 42 s.). Hoy “la perspectiva que consiste en reducir la complejidad a un pequeño número de leyes se abandona cada vez más” (p. 18).

El hombre necesita ver significados para pervivir orientándose en el mundo, y para realizarse en sentido humanizador. Verlos, darse cuenta de la significación es proceso que le corresponde y le incluye: él mismo debe desarrollarlo, con interpretaciones que capten cada vez mejor la dependencia recíproca de los datos, la vinculación y apertura que los proyectan hacia preguntas ulteriores, y la relación, recíproca también, entre tales datos y preguntas y la propia realidad humana. “Los ‘hechos’ dependen de las concepciones que fundamentan su observación, así como de las teorías a hipótesis que subyacen a la investigación” (pp. 11 s.). Hablar sobre los hechos supone implicarse: “La realidad no es simple ni unívoca. Traduce el compromiso del narrador” (p. 159). Se requiere esfuerzo ininterrumpido para comprender al hombre en el mundo, sin sustituir la complejidad por pretendidas leyes que, bajo la apariencia de rigor objetivo, imponen alguna visión parcial. En el estudio de las ciencias humanas y en fundamentación, “los especialistas han impuesto a los ciudadanos una cierta ‘visión del mundo’, es decir, una forma de ver simplificada y truncada. Al hacer inteligible un fenómeno complejo, ciertamente lo han empobrecido, pero, además, lo han convertido en un instrumento de dominio” (p. 113). Se debieran buscar respuestas exigidas por la índole esencial, histórica y concreta del hombre, en realidad se le encauza de forma cuando menos discutible, impidiéndole encontrar dichas respuestas: “Únicamente cuentan los criterios de objetividad que encubren toda la riqueza de las situaciones examinadas y cuyo sentido, finalmente, hacen perder” (p. 56).

En términos de investigación empírica tal como sigue concibiéndose, cabe decir que “la neutralización de las variables indeseables implica la mayoría de las veces problemas de muestreo muy complicados, porque un factor nunca interviene sólo en ciencias humanas, por lo cual es casi imposible dominarlo completamente” (p. 55). Es preciso buscar exactitud, pero llevándola al terreno de lo complejo y no simplificado; si bien las etapas del camino obligan a pasar por la simplificación de los datos y preguntas. Así, “según M. Bataille, la explicación, que constituye la manifestación de la coherencia en la descomposición (en el espacio) del sentido, es un paso necesario (no se puede eludir) pero no suficiente del conocimiento” (p. 47).

Dando cabida a riesgos obligados, hoy los investigadores tienden a reconocer en lo ordinario y cotidiano del comportamiento interpretaciones según las cuales actúan los individuos. Es necesario comprenderlas en su complejidad,

relacionando sus múltiples aspectos, de manera progresiva, con lo característico y peculiar de las situaciones donde van produciéndose. “Para comprender el mundo, hay que captar lo ordinario y los significados atribuidos por los sujetos a sus actos” (p. 12). Así, al preguntar por el hombre, “según Mead, la conducta humana sólo puede comprenderse en relación con los significados que las personas dan a las cosas y a sus acciones” (p. 28). Pero incluso cuando la pregunta versa sobre la realidad objetiva, parece imprescindible examinar “la relación entre los acontecimientos observados y la significación de éstos a través del juicio del observador” (p. 44; cfr. pp. 110-112).

Pueden resumirse los rasgos que en la actualidad va adquiriendo la investigación a nivel de ciencias humanas: “Favorece el análisis de las interrelaciones entre los individuos, el examen de la subjetividad del observado y del observador, la investigación de lo particular y del sentido” (p. 107); lo cual exige y supone “tener en cuenta la dinámica de los acontecimientos, la historia de los individuos y la complejidad de los fenómenos” (p. 107). En este enfoque prevalece el carácter cualitativo: funda y permite delimitar la validez de las mediciones y de las fórmulas generales. Las estrategias al respecto no sólo son múltiples y variadas, sino que logran completarse mutuamente, bajo ciertas condiciones, dentro de la misma perspectiva metódica: al orientarse todas por idéntica finalidad, en el proceso de conocer al hombre con rigor que supere los aspectos parciales y los refiera a una comprensión cada vez más completa, integradora y adecuada.

Si hablamos aquí de estrategias, debe mencionarse como una de sus fundamentaciones actuales más asumidas la Teoría General de los Sistemas. El aspecto que el libro señala, apenas la define; pero sí la vincula a cuestiones de suma importancia, donde la visión sistemática permite planteamientos válidos y esclarecedores acerca del orden a través de la complejidad, los procesos en el origen del orden, la información en la raíz de los procesos, la apertura y búsqueda informativas como factor primordial en la regulación del sistema desde la unidad que lo constituye; y en fin, la interdependencia y comunicación entre núcleos de unidad compleja, de características comunes, diferenciales y tal vez antagónicas. Según advierten los autores del libro, la Teoría General de los Sistemas, “negándose a considerar al individuo separado de su ambiente, niega la práctica fragmentada que hasta ahora ha ocupado el escenario en ciencias humanas (teorías psicológicas clásicas) para abrirse a una visión ecológica” (p. 109). Investigar así es “tener en cuenta características del contexto social y cultural de donde provienen los participantes (validez de contexto)” (p. 69); mas en esta metodología se trata incluso de “prever la definición de la situación hecha por cada uno de los participantes, es decir, la manera como el sujeto percibe el ambiente y sus elementos (validez fenomenológica)” (p. 69).

Dentro de la complejidad informativa que la investigación procura mostrar en forma coherente, el individuo humano de ningún modo puede considerarse unidad yuxtapuesta a otras, o inerte y sólo receptiva. Conocer la complejidad supone ver la participación del hombre en ella, y captar entre uno y otra su dependencia recíproca. Aún más, supone implicarse en la búsqueda y determi-

nación progresiva de respuestas que desde la complejidad permitan al hombre pervivir y realizarse humanamente. Quien investiga de este modo, “también es actor, en el sentido de que participa de los acontecimientos y procesos observados” (p. 43). Subyace en tal investigación algún propósito de cambio, por el que el grupo y sus miembros intentan mejorar la situación: “La investigación participativa se define partiendo de un malestar, de un disfuncionamiento social” (p. 45). Lo que el investigador aporta a través del conocimiento y el esfuerzo compartidos, es “ayuda para cambiar las condiciones experimentadas como insatisfactorias por algunos individuos o grupos, respetando al mismo tiempo los valores e intenciones de éstos” (p. 45).

Hay aquí, sin duda, riesgo de confusión subjetiva por parte del investigador, que no logra descubrir bien la coherencia –y menos aún, si cabe, construirla– dentro del grupo y en relación con los aspectos negativos de la realidad y con su deseable superación. Así, “el postulado de la interpretación subjetiva de M. Weber, que consiste en aprehender lo ordinario y comprender la realidad social a través de los significados que las personas dan a sus actos, también queda sometido a la crítica” (p. 58). ¿Cómo participar con sentido y eficacia, según las exigencias científicas, en el planteamiento y solución de cuestiones, si falta la comprensión entre quienes participan? “Los datos que hay que analizar e interpretar, al no ser accesibles a la observación sensorial, remitirían al sistema de valores particular del observador, lo que conduciría a conclusiones incontrolables y subjetivas y no a una teoría científica” (p. 58).

Ahora bien, la ciencia no consiste en mera sistematización abstracta, impuesta de manera parcial como representación común de lo que en realidad es irreplicable: su índole esencial la proyecta hacia un conocimiento cada vez más preciso, completo y también eficaz, de lo múltiple, según aspectos concretos vistos en relación con aspectos comunes y abstractos. No basta con establecer en fórmulas o proposiciones la coherencia reductiva y parcial de causas y efectos. Se necesita, junto con la pregunta por explicaciones causales y por el orden entre ellas, “una aproximación más hermenéutica, más interpretativa, que utiliza también los acontecimientos paradójicos, los efectos perversos, así como las perturbaciones inducidas por la presencia del investigador, en resumen, un proceso que analiza las contradicciones, el desorden y el movimiento” (p. 116; cfr. pp. 18, 20, 31, 46 s., 73, 119).

Dicho con otras palabras, hoy se discute sobre bases reconocidas la pretensión de explicar al hombre según leyes que excluyan lo diferente y peculiar de los grupos e individuos, como falta de significado y valor. El orden causal –incluida también la determinación a partir de las normas impuestas de manera general en los grupos– ha de entenderse como recurso que potencie las mejores posibilidades del hombre, en cada núcleo de unidad subjetiva y en su recíproca afirmación a través de relaciones interhumanas. Significa progreso científico la tendencia a buscar en las peculiaridades, de modo tan exacto como sea posible, los aspectos valiosos y fecundos. Por parte de quienes entienden así la investigación, “el acento se pone, pues, sobre la diferencia más que sobre el déficit” (p. 115).

Es necesario introducirse con las más adecuadas estrategias, y por de pronto con actitud abierta a la búsqueda interhumana y personal de los valores, en el mundo subjetivo peculiar de los individuos y grupos: “El universo mental se estructura alrededor de significantes cargados de significaciones particulares que crean una realidad que se convierte en la realidad del sujeto” (p. 165). La comunicación a través de la cual se trata de comprender al hombre concreto, debe dar primordialmente cabida a esa dimensión interior, concreta, procesual y hasta cierto punto imprevisible. Por ejemplo: “Contrariamente al análisis de contenido clásico, que considera el material de estudio como un dato, el análisis del enunciado descansa sobre el examen de un proceso, del acto de la palabra” (p. 221).

Mas no debemos confundirnos. Habría grave error en la presentación del libro, si los autores aparecieran en ella como partidarios de una investigación cualitativa incontrolada. Proponen y aplican, como uno de los principales criterios metódicos, tener en cuenta “la singularidad, la contingencia y el sentido” (p. 237); pero reconocen y afirman innumerables veces, bajo distintas formas, la ineludible exigencia de rigor en la determinación de los datos, en su análisis y en toda inferencia. “Si existe un verdadero peligro que acecha a las ciencias humanas que intentan integrar los datos cualitativos, es realmente el de perderse en el dédalo de la complejidad” (p. 39; cfr. pp. 58, 97). En términos muy explícitos, he ahí la postura adoptada: “Incluso si intentamos aprehender las significaciones subjetivas procedentes de los actores, procuraremos hacerlo siempre mediante un sistema de conocimientos estrictamente científico, es decir, objetivo y comprobable” (p. 127; cfr. pp. 59 s., 69, 74, 121, 123 s.).

Las estrategias descritas principalmente en la segunda parte (c. 5º, desde la p. 129) tratan de responder a la citada preocupación. Hasta tal punto se busca una metodología rigurosa, que los autores consideran aconsejable unir, y unen de hecho, no sólo distintas estrategias complementarias, sino también teorías en buena medida contrapuestas. “Se puede afirmar que en ciencias humanas, el conocimiento se construye gracias a la diversidad de las corrientes teóricas y a la variedad de los procesos de investigación” (p. 20).

Jaime Castañé

Antúnez, S., Carmo, Ll. M. del, Imbernou, F., Parcerisa, A., Zabala, A. (1991). *Del proyecto educativo a la programación de aula*. Barcelona: Graó.

Este libro, cuya perspectiva es esencialmente divulgativa, está elaborado por un equipo de profesores de la Universidad de Barcelona que han trabajado en el tema curricular y la Reforma desde hace algunos años, especialmente en el ámbito de la formación permanente del Profesorado.

Con esta publicación los autores pretenden “aclarar y aportar pautas orien-